

**MA
NUAL
DE
CON
TRAT
D
CIÓN**

Op. No. 13.2
Laboratorio Editorial Esto Es un Libro [2017]
Colección: Manual de nóιβεστισο
www.estoesunlibro.com

TRADUCCIÓN SALVAJE.
Y EL QUE ESTABA DORMIDO,
DIJO SIMONEL

— Anna Styczyńska

*(...) Y entonces les dije: muchachos,
¿vale la pena?, ¿vale la pena?,
¿de verdad, vale la pena?*

Los detectives salvajes, Roberto Bolaño

*Ty mnie nie maluj na kolanach,
ty mnie maluj dobrze.*

De anécdota popular cracoviana

En el café La Habana, donde Bucareli cruza con Morelos en la Ciudad de México, allí me gusta imaginar mi encuentro con Natasha Wimmer, la traductora de Roberto Bolaño al inglés. Un día mi cuate “El Greñas” me llevó ahí, y mientras



Café La Habana

tomábamos un Habana doble me dijo que aquel era el Café Quito de *Los detectives salvajes* (entonces no sabía lo que ese lugar representaba para Bolaño ni que Wimmer había vivido en la cercana colonia Cuauhtémoc al principio de la década de los 2000, pero cuando años después tuve el coraje de traducir *La fiebre blanca* de Jacek Hugo-Bader, el trato sobre su publicación en México —por si acaso— tuvo lugar en La Habana).



Antes de atreverme a traducir cualquier cosa, la tarea de trasladar un texto genial de un idioma al otro me parecía imposible, cuando menos abrumadora, llena de pérdidas e imprecisiones, por eso decidí aprender un par de lenguas (para así leer en el original). Entonces me di cuenta de las maravillas que hicieron Zofia Chądzyńska con la *Rayuela* de Cortázar y Antoni Libera con la obra de Beckett. Por cierto, Cortázar se mostró incrédulo ante el éxito de su libro en la Polonia comunista. De broma molestaba a Chądzyńska: "Andá a saber qué carajo habrás puesto ahí. Nunca lo sabré". Cortázar —también era traductor— admitía que la *Rayuela* en polaco la había escrito Zofia, y yo por las noches, mientras leía mis párrafos favoritos de *Gry w klasy* quería ser ella (era lo más cercano a ser Cortázar; cosa por demás imposible, pero la lógica del deseo funciona así: mientras más imposible, más brota).

La imposibilidad de la traducción empezó a atraerme cada vez más, aunque viviendo en México de todos modos era parte de mi realidad cotidiana. Qué chingaos, si no se puede, ¿qué hacer? Si en verdad no se puede, no

queda de otra que admitir que somos libres de intentarlo a nuestra manera. De hecho, éste es el consejo de Luther para todos nosotros: luego de traducir *El Nuevo Testamento* dijo que a nadie le estaba vedado realizar una traducción más perfecta. Ándale...

A Natasha Wimmer no le habrá sido fácil traducir *Los detectives salvajes*, con eso de que está escrito en diferentes dialectos del español, pero sobre todo porque mayormente está escrito en el mexicano, la variante del español más juguetona que he oído en todos mis viajes por América Latina.

"(...) O tal vez dijo nicho, Amadeo, o tal vez nel o nelson o nelazo, o tal vez dijo ni madre o niguas o ni maíz paloma, o tal vez solo dijo nones. Y el que estaba despierto me miró, tenía la revista bien agarrada, como si se la fuera a quitar, y luego dejó de mirarme y siguió con la lectura, como si hubiera algo que leer, pensé entonces en la maldita revista de Cesárea Tinajero.

"(...) Y entonces les dije: muchachos, ¿vale la pena?, ¿vale la pena?, ¿de verdad, vale la pena? Y el que estaba dormido, dijo simonel."





No todo el mundo se encuentra en la ambigüedad lingüística de *simonel*. Ni siquiera sabemos si Amadeo se refiere únicamente a la poesía, y la respuesta que da el dormido —dormido tenía que estar— es menos clara todavía, como si el mismo narrador se negara a ceerla del todo, al fin y al cabo se trata de *simonel*.

Natasha, que aprendió el español peninsular en Europa y luego estudió literatura hispana en Harvard, decidió vivir un tiempo en la Ciudad de México para mejor comprender la vibra de la *chilanga banda*¹ y disfrutar de la vitalidad de su jerga. Pasaron tres años más hasta que la última palabra de *The Savage Detectives* fue escrita en inglés... no todas las palabras fueron traducidas. Consciente de lo que implica la oscuridad de algunos términos callejeros, dejó *simonel* en el original. Deliberadamente. Ya tenía experiencia con las jergas, su primera traducción fue *Trilogía sucia de La Habana* de Pedro Juan Gutiérrez, un texto no menos retador.

Pero, muchachos, ¿vale la pena traducir *simonel*? ¿Lo vale? ¿En verdad, vale la pena?

Ya no sé qué hizo Wimmer con tantos *neles*, *nelsones* y *niguas*, la cosa es que decidió no traducir *simonel*. En su ensayo "By the Light of Translation", explica cómo una traductora tiene que calibrar hasta la ambigüedad. Amoldar ese *sí-y-no-pero-sí* en el inglés quizá no resultaría una ambigüedad tan clara e intencionada. Pudo haber inventado otra palabra, pero ¿a poco no es una maravilla dejarlo en el original de tal forma que el lector curioso intuya qué tanto se puede hacer en México con un simple "sí"?

Esto también nos recuerda que la traducción —escribe Natasha— no es un objetivo en sí mismo. Ante todo, es una lectura, un acto de ver. En un principio el *simonel* iba a ser una respuesta contundente: *absolutely*, pero los poetas en *Los detectives...* son personajes tragicómicos, ilusos y en ocasiones absurdos. Esa ambivalencia es central en la escritura de Bolaño y *simonel* la engloba muy bien.

Retomo el ensayo de Wimmer porque en *La fiebre blanca* (una serie de reportajes sobre el antiguo imperio soviético), también hay muchas palabras intraducibles y no menos





fascinantes, que forman parte sustancial de las historias y dan cuenta del carácter de los personajes y la manera en la que se piensan a sí mismos. Por eso creo que los barbarismos cuentan mejor las historias, porque las narran con un lenguaje propio; por muy lejanos, el contexto los vuelve comprensibles. Si mezclamos las palabras o conceptos extranjeros en una traducción, eso nos ayuda a disolver nuestra propia identidad aunque solo sea de una forma efímera, y en consecuencia, nos acerca a los personajes extraños, que poco a poco dejan de serlo.

Gracias a las palabras extranjeras, hispanizadas o no, podemos migrar lingüísticamente; las podemos ver como aberraciones e impurezas —una concepción que sin duda persiste— o como préstamos de tierras lejanas que nos ayudan a pasárnosla bárbaro y también a ver la vida a través de otros lentes.

Tan bárbaro me pareció el polaco de Jacek Hugo-Bader que quise honrar ese lenguaje en la traducción, dejar constancia de su particularidad. Aunque el periodista polaco cruza el formidable océano de tierra desde



Ruta de Jacek Hugo-Bader

Moscú hasta Vladivostok, casi frontera con Japón, explora más la parte asiática, sobre todo la siberiana. Es por eso que usa muchas palabras locales que sin más convierte en un polaco *sui generis*. *La fiebre blanca* está escrito en un polaco bastante coloquial al tiempo que introduce mucha jerga urbana moscovita, así como palabras del evenco, buriato y tuvano, entre otras lenguas. Censurar un texto tan local con el español neutro me re-





Evencos. Foto de J. Hugo-Bader. Cortesía de SUR+



sultaba fuera del lugar. No resistí la tentación de traducirlo —y no traducirlo— al mexicano. *Simonel*. Me explico.

Debemos imaginarnos la extensión de tierra y los estratos sociales que reflejan el idioma de *La fiebre...*; también vale la pena recordar que en primera instancia los encuentros se daban en ruso, aunque el idioma original del libro es el polaco. Además, Hugo-Bader es un escritor radical porque su lenguaje va directo

a la raíz: a partir de las raíces rusas o idiomas siberianos introduce palabras en polaco que construyen imágenes bellas, pero ya no tan exóticas, pues es polaco al fin y al cabo. A cada uno de sus personajes Hugo-Bader le concedió no una sino varias palabras nuevas, para que así pudieran contar sus intimidades. Es un lenguaje que no existe en el polaco, de hecho. Quiero decir, así no hablamos los polacos, pero sí entendemos

Justo en ese tipo de lenguaje que se vuelve un compañero encuentro yo el valor en la traducción. Localismos del idioma meta conviviendo con localismos del idioma original; la *chingada* con el *kaif* del viaje. Hugo-Bader se fue hasta la *chingada* para explicarnos el *kaif* ruso. (*Kaif* es un misterioso término que se refiere a un extraño estado de conciencia, felicidad, autorrealización junto con una sensación de equilibrio. Esta palabra viene del turco al cual llegó del árabe. A Crimea la trajeron los tártaros. Los rusos, cuenta Jacek, a menudo experimentan el *kaif* durante los viajes lejanos. La inmensidad, la ventisca y claro, el vodka, prolongan y conservan este estado.)





Es tan lindo y enigmático este término que traducirlo sería perderlo por completo. Sería como traducir *simonel*. ¿Con qué finalidad? Hay cosas que tenemos que aprender de los bárbaros.

Andrés Neuman, en una especie de antídictionario que titula *Barbarismos*, reformula y satiriza los conceptos clásicos que los típicos diccionarios dotan de una aparente neutralidad. *Traducción*, según uno de sus barbarismos, es “amor retribuido palabra por palabra”, al menos en una de sus acepciones, porque en otra es “el único modo humano de leer y escribir al mismo tiempo”. Es un leer muy lento y un escribir más lento todavía. En realidad, es un reescribir sin fin. Palabra por palabra. Qué bárbaro. Porque lo que leemos y escribimos es el idioma de los bárbaros, de los que no hablan como nosotros. *Bla bla bla*, el sonido del extranjero, inarticulado, así es como los antiguos griegos se referían a los hablantes no nativos de su lengua madre. El extranjero que apenas alcanzaba a pronunciar *va-va-va* —los bárbaros eran *blablablados*—, remite a una imagen no muy civilizada. Por lo tanto, creo que la me-

jor apuesta que hago en mis traducciones es honrar ese Bárbaro, forzando los límites del español mexicano, que aparte se presta a ello sin demasiadas complicaciones.

Bolaño resulta bastante bárbaro para algunos mexicanos porque si bien era hablante nativo del español —era chileno—, escribía en todos los dialectos del español latinoamericano, y en *Los detectives salvajes* capta muy bien la naturaleza de la jerga mexicana. Claro, algunos hubieran preferido que alguien de México —y no en México— escribiera ese libro. Cuando empecé a indagar por la palabra *simonel*, oí prontas opiniones: los mexicanos no hablamos así. Exactamente así no, pero eso no quiere decir que esta palabra no existe por escrito y hasta en los libros en inglés.

Así hablamos los bárbaros y somos una fracción de hablantes del español cada vez más grande. El inglés tiene el primer lugar en hablantes no nativos, una cifra que supera por mucho el conjunto de hablantes ingleses, estadounidenses, australianos, e incluso caribeños (ah, pero a estos últimos no los ven con tan buenos ojos con su *Broken English*;





y no se diga el inglés colonial en África). Los hablantes no nativos transforman el idioma aunque esto a menudo encuentra resistencia, pues los hablantes originarios celan su habla. Es un dato curioso, ya que los idiomas coloniales fueron impuestos, pero parece que el imperialismo lingüístico tenía la esperanza de que en “el territorio lingüístico” todo permaneciera igual.

Sin duda, los hablantes nativos conocen su idioma mejor, pero los extranjeros no vamos a esperar su legitimación, y menos cuando somos los bárbaros que traducimos. Piensen nomás en la palabra inglesa *chance* que en México no solo se pronuncia diferente, sino que tiene otros usos. ¿A caso les importa que algún gramático en el gabacho lo valide?

En ciertos contextos, todos somos bárbaros con mayor o menor intensidad. Alguna vez me preocupé por imitar exactamente el habla de los así llamados nativos, pero me di cuenta de que va en contra de la naturaleza evolutiva del lenguaje mismo por un lado, y por el otro –con su permiso– no cualquier nativo se apasiona por su idioma. La propie-

dad y elegancia de un lenguaje narrativo no siempre va de la mano con la corrección gramatical o la normatividad. El artificio formal que pretenden imponernos las academias cada vez más me parece un discurso clasista disfrazado de necesidad —¿necedad?— lingüística, y en el más patético de los casos, de formas de no decir; lo políticamente correcto neutraliza nuestros pensamientos hasta el grado de convertirse en *el* pensamiento mismo.

Y sin embargo yo vivo en el espacio bárbaro cada día; a veces me pienso en tres idiomas a la vez, y no es que sea única en mi circunstancia,² pero apenas cuando comencé a traducir por escrito me percaté de que quería hacerlo a mi manera, porque finalmente ¿quién es dueño de una lengua? El objetivo primordial de una traducción es comunicar ideas de la forma más estética posible. Y sin embargo, creo que se vale romper con ciertas convenciones que solo tienen sentido dentro de los confines de una cultura o un idioma, pero no cuando se trata de lenguas en contacto, como en el caso de traducciones, como en el caso de ese *simonel* que es





y no es. Las lenguas en contacto refrescan nuestra mirada lingüística sobre el mundo y las traducciones abren esa posibilidad de forma natural; su lenguaje no debe ser forzado, único, monocultural o monorreferencial, pues ninguna palabra lo es. La mayoría de los vocablos que usamos vienen de muy lejos, tienen una historia muy larga, pero el tiempo y el uso las neutralizan. Basta, no obstante, revisar sus etimologías para darse cuenta de que vienen de los bárbaros, como imposiciones o como préstamos.

El valor tradicional según el cual se aprecia una traducción dicta que esta última tiene que sonar como si estuviera escrita en la lengua meta, pero a mí me gusta dejar rastros de lo extranjero donde quiera con tal de que se puedan comprender y aprender. ¿Para qué censurar las voces siberianas, polacas o etíopes?, ¿no basta con estar a su lado, escuchar sus historias? ¿Les gustaría que las tortillas fueran “crepas de maíz” en las traducciones polacas? (Esto se entendería sin ningún problema, pero yo preferiría que los polacos indagaran un poco sobre la cocina mexicana aunque sea por internet.) ¿En verdad hay que

domesticar las traducciones? No creo que el provincialismo lingüístico sea nuestro máximo valor; en todo caso no debería serlo en un mundo diverso, lleno de migrantes, y con internet. Si estamos de acuerdo en que la lengua es un artificio en constante transformación, quizá sería bueno retar y flexibilizar nuestros hábitos de lectura. Eso no implica la pérdida de nuestro mundo, al contrario, permite la exploración de otro.

Es en la traducción donde ejerzo mi libertad, pues en este misterioso espacio lingüístico dejo de ser extranjera. Y por eso me gusta tanto. Es un espacio radical donde se desenvuelven los sueños gracias a las palabras y sus etimologías. *Simón, cinta, cincho, simonnel*, le diría a Natasha Wimmer en el café La Habana. Y ella me respondería: *Absolutely*.

Notas

- ¹ *Chilanga banda*, canción original de Jaime López, muy recomendable para cualquier extranjero recién arribado al ex Distrito Federal.





Natasha Wimmer

² "(...) Listen, palomo: you have to grab a muchacha, y méteselo! That will take care of everything. Start with a fea. Coje that fea y méteselo! Tío Rodolfo had four kids with three different women so the nigger was without doubt the family's resident méteselo expert." *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao*, Junot Díaz. // Junot Díaz sugiere que en la literatura canónica existe una especie del racismo lingüístico. Por ejemplo, Cormac McCarthy (escritor blanco) llega a escribir páginas enteras en español en sus novelas en inglés y

nadie se atreve a quejarse de que sea incomprendible (la verdad es que yo lo disfruto mucho, incluso cuando su español es improbable, muy agringado), pero cuando lo hace un autor latino (*author of color* para ser exactos), entonces según el canon se espera que escoja una u otra voz, pero no las dos a la vez, como si uno no pudiera ser ambas cosas simultáneamente (dominicano o latino en español y estadounidense en inglés). Estar acostumbrado a no entender forma parte de la experiencia de un migrante. Por lo general, los lectores asumen que siempre habrá cosas o voces que no entenderán o entenderán con el tiempo (son como los migrantes). En realidad, los que se incomodan más ante lo desconocido o un lenguaje pocho son los académicos o los críticos, pero la relación que le interesa al escritor o su traductor de hecho es con los lectores.